

POLÍTICA EN DOS MINUTOS

25 de octubre de 2013

FREUD EN LA PATAGONIA

La concentración de poder alrededor de la figura presidencial durante el kirchnerismo fue objeto de diversos análisis con categorías que hacían referencia a la psiquis presidencial. Pero ello se explica mejor por una configuración institucional que determina esa dinámica.

Hace unos años apareció un libro titulado *Freud en las pampas*, del historiador argentino Mariano Plotkin. Su objetivo central fue rastrear las razones por las cuales el psicoanálisis se convirtió en un elemento central de la cultura urbana argentina a partir de mediados del siglo XX. En efecto: es curioso que nuestro país, un rincón alejado de la Europa burguesa donde surgió el psicoanálisis, haya abrazado con tanto entusiasmo esos saberes. El libro ejemplifica los alcances de la psicología en la Argentina: algunos psicoanalistas han sido actores centrales como intelectuales públicos; otros, divulgadores importantísimos hasta por medio de revistas de consumo general, como *Para Ti*; términos como “histeriquear” o “psicopatear” se convirtieron en parte de nuestro vocabulario cotidiano; tenemos la proporción de psicoanalistas per cápita más alta del mundo y hasta hace pocos años un rincón del barrio porteño de Palermo (en torno a la Plaza Güemes) se conocía como *Villa Freud* por la cantidad de consultorios con diván incluido que se apiñaban en la zona.

Más recientemente, el análisis político también se vio influido por el psicoanálisis. De una manera inédita hasta ese momento (pues ni el alfonsinismo ni el menemismo fueron analizados así), el kirchnerismo fue objeto de diversos análisis políticos con categorías que hacían referencia a la psiquis presidencial. Las menciones a la bipolaridad y a otras cuestiones sobre las personalidades del matrimonio Kirchner fueron moneda corriente. El economista Lucas Llach, por ejemplo, recientemente afirmó (medio en broma, medio en serio) que Massa sería sin

dudas mejor presidente que cualquiera de los dos Kirchner ya que en Tigre —su distrito electoral— “había cines”. Bromas aparte, el sentido de la frase es claro y compartido por otros analistas, menos jocosos: la manera de hacer política del matrimonio K estuvo y está profundamente influida por el hecho de provenir de una provincia casi deshabitada, con un clima áspero y con una sociedad civil prácticamente inexistente. Y sin cines, como una metáfora sobre la exposición de sus habitantes a influencias o ideas que provengan de fuera del propio terruño.

Es indudable que el contexto influye en la manera en que uno edifica su modo de entender la realidad, incluyendo la política. Es innegable que nuestros abuelos inmigrantes, por ejemplo, estuvieron influidos por la carestía material de la Europa de las guerras y los consiguientes requerimientos paternos a sus descendientes a estudiar (dinámica ilustrada por Florencio Sánchez en *M' hijo el doctor*) tienen que ver con ese anhelo de ascenso social.

Pero uno de los hechos más notables de la década K —la concentración de poder alrededor de la figura presidencial— excede al hecho de que en Santa Cruz haya más ovejas que gente. Hay una configuración institucional que determina esa dinámica.

En primer lugar, la Argentina es un país presidencialista con un ejecutivo comparativamente fuerte. A diferencia de presidencias débiles (como, llamativamente, la de los Estados Unidos) el presidente argentino tiene muchos poderes legislativos, como el veto, el veto parcial, las facilidades para legislar por decreto, la iniciativa legislativa y hasta la autoridad para intervenir provincias con cierta facilidad. Esto lo transforma en un presidente potencialmente dominante.

Adicionalmente, el Congreso argentino es muy débil. No maneja la burocracia pública ni tiene poder para negociar el presupuesto, a diferencia de su par estadounidense. El Congreso argentino no es un lugar desde el cual se pueda hacer carrera política: los legisladores argentinos son *amateurs* en este sentido, a la espera de saltar desde su banca a un puesto ejecutivo. En resumidas cuentas, nuestro parlamento es muy poco profesional.

Además, la Argentina ha visto descomponerse su sistema nacional de partidos. En un proceso que comenzó hace unos veinte años, los partidos argentinos se “desnacionalizaron”, transformándose en una serie de confederaciones de lealtades provinciales, con poca cohesión a

nivel nacional. En el justicialismo este proceso es muy evidente, pero también alcanza al radicalismo, aunque en menor medida. Esto determina que un presidente puede manejar el partido a su gusto y que el partido no sea un corsé por el cual el ejecutivo tenga que ceñirse a cierta coherencia ideológica. Por añadidura, esto lleva también a que los partidos se conviertan en etiquetas que significan poco para los votantes, personalizando mucho más las elecciones. Se vota por personalidades (la mayoría de las veces muy fuertes, casi caudillescas) y no por partidos con alguna tradición o una ideología más o menos clara. Un sistema de partidos desnacionalizado también otorga más poder discrecional al presidente.

Por último, el gasto nacional descentralizado (efectuado a través de los gobiernos provinciales) pero a partir de ingresos centralizados, sumado a un federalismo con cierta inequidad fiscal desde su origen, también otorgan ventajas al ejecutivo. Esto no quiere decir que la Argentina no sea un país federal. Lo es en tanto los gobernadores son actores poderosos, los partidos políticos y sus legisladores les responden y pueden negociar su apoyo parlamentario a cambio de transferencias desde el gobierno federal. Esa negociación permite que el presidente pueda asegurarse apoyo parlamentario (aunque a un cierto precio): un factor que no ocurre en los Estados Unidos, por citar a otro presidencialismo federal. Allí, la negociación del ejecutivo se lleva a cabo con el parlamento federal y no con los caudillos locales.

Es preciso destacar que en tiempos de rigideces económicas o cuando el presidente está en su fase de *pato rengo* y por lo tanto fuera del centro de la escena política, muchas de estas características mencionadas se desdibujan. En este contexto la liga de gobernadores ocupa mayor centralidad, como ocurrió durante las presidencias de de la Rúa y Duhalde y como ocurrirá a partir de las próximas semanas. Pero en tiempos de bonanza y cuando el ejecutivo está en el centro de la escena política, la concentración de poder es casi inevitable.

La particular configuración institucional argentina explica mejor, en nuestra opinión, este hecho. Por eso mismo, una futura presidencia de alguien como Massa y con cierto grado de prosperidad económica (o “viento de cola” como se dice ahora) es posible que lleve a un nuevo proceso de concentración de poder en sus manos. Aunque el futuro presidente haya podido ir al cine y ver las últimas películas de Woody Allen o Francis Ford Coppola, ese proceso de

centralización va a ocurrir de todas maneras. Tal vez cuando Freud vino a las pampas no llegó hasta la Patagonia.

* * *

Este informe no refleja necesariamente la opinión del Estudio. Ha sido preparado por un especialista en estos temas. En caso de preguntas o comentarios, pueden dirigirse a politica@negri.com.ar

**Este artículo es un servicio gratuito de Negri, Busso & Fariña Abogados a sus clientes y amigos.
No tiene por objeto prestar asesoramiento sobre tema alguno.**